

QUÉ TRISTE ES TRABAJAR

Ay, qué triste es trabajar. Se comprueba muy pronto por la mañana, cuando apenas está amaneciendo, y miles de trabajadores dormitan en los vagones de metro: la España que madruga. Qué triste es el metro a las 8.15, en plena cuesta de enero, cómo se embute la humanidad legañosa en los trenes, cual ganado somnoliento, hasta su puesto de trabajo, las macrogranjas de personas. El lunes fue Blue Monday, el día más triste del año.

Un hombre con los ojos cerrados evita a duras penas que la cabeza se le caiga al suelo, una mujer la consigue apoyar contra una barra, a otra se le cae un moco líquido que escapó de la noche. El estudiante repasa las ecuaciones de Navier-Stokes de la mecánica de fluidos y algunos ya leen la prensa en sus smartphones: alguien está leyendo ya esta misma columna. El dependiente de la boutique transnacional, la maquilladora del centro comercial, el informático de la consultoría, la deshollinadora, María la de Marketing: **todos están aquí**, ausentes. Hay un silencio funeral, una desesperanza sólida ante un futuro madrugador y uniforme. Suenan, melancólicas, algunas tripas.

Cada mañana este río de carne y de hueso viaja en metro, sobre todo de sur a norte, y se arrastra como un ejército zombi por los pasillos subterráneos. Esta es la **sangre de la ciudad** y del sistema. La tristeza (qué triste es trabajar) es directamente proporcional a la alegría que aflora en los corazones al final de la jornada, pero que pronto marchitará: después de un breve descanso será preciso **volver a madrugar, tomar el metro, dormir, aunque solo sean cinco minutos más.**

Cuando los situacionistas pintarrajeaban en las paredes de París **Ne travaillez jamais**, en los años sesenta, y pedían la abolición del trabajo alienado parecían unos ilusos que querían lo imposible, una boutade de snobs revolucionarios (se lo dicen a Errejón cuando propone la jornada laboral de cuatro días). Hoy en día **eso** es realista: la tecnología ya está preparada para realizar la mayoría de los trabajos, sobre todo los menos cualificados, los menos creativos, los más repetitivos. Lo empezamos a ver en sucursales bancarias, supermercados, vestíbulos.

Pero ¿a quién beneficiará la tecnología? Puede que la gente se vaya al paro y ganen exclusivamente los dueños de las máquinas, o puede que la ciudadanía logre romper la maldición divina de ganarse el pan con el sudor de la frente. “Habrà que deslaborar la vida”, **me dijo** una vez la filósofa Marina Garcés, buscar un hilo vital, una identidad que no sea nuestro **curro**. Renta básica mediante, los humanos podremos dedicarnos a nuestras labores y no a nuestros trabajos mientras las máquinas se ocupan de todo lo **penoso**. A ver si es así y el metro, por la mañana, se reserva a aquellos que vienen **con los ojos nublados de la noche.**

SERGIO C FANJUL, EL PAÍS, 19 de enero de 2022

1 Se describe la tristeza de los trabajadores de a pie un lunes de enero a las 8:15 de la mañana

2 Descripción particularizada de varios trabajadores que parecen bastante triste de camino al trabajo

3 Continúa la descripción del comienzo de la jornada laboral con una comparación entre dichos trabajadores y un ejército de muertos vivientes, cuyo único horizonte es el de volver cada día por el mismo camino.

4 La tecnología puede hacer que muchos trabajos (sobre todo los más mecánicos) sean realizados por máquinas. Esto puede hacer realidad el sueño de los situacionistas de París. (tesis)

5 Tal vez los humanos podamos dedicarnos a otras cosas mientras las máquinas hacen nuestro trabajo.

5.1 Quizá la tecnología pueda producir más desempleo y mayor desigualdad (argumento en contra)

5.2 Según Garcés, habría que buscar una identidad que no se base en nuestro trabajo diario.

Introducción:

Tres primeros párrafos (descriptivo-narrativo)

Cuerpo argumentativo:

Cuarto párrafo (tesis)

Conclusión:

Quinto párrafo (de nuevo tesis)

Nos encontramos ante un texto argumentativo en el que también aparecen fragmentos narrativo-descriptivos. Su estructura es inductiva, pues comienza exponiendo la tristeza del comienzo de la jornada laboral y finaliza con la defensa de su tesis: la tecnología quizá pueda librarnos del trabajo enajenado.

Mecanismo de cohesión:

Mantenimiento del referente.

Léxico-semánticos de repetición con las palabras: trabajar (línea 1), Trabajo (línea 4), Trabajo (línea 19) y trabajos (línea 28). Mediante este procedimiento el autor presenta buena parte del tema que quiere tratar: la posibilidad de que las máquinas se ocupen de nuestros trabajos más básicos.

Articuladores del discurso

El conector lógico de oposición “pero” (línea 16). Este procedimiento sirve al autor para contraponer la alegría momentánea que sienten los trabajadores al final de la jornada con la tristeza que anuncia el retorno de la misma.

La intención comunicativa del autor es defender la posibilidad de que la tecnología nos ayude a desprendernos de ciertos trabajos y de la rutina enajenante que estos conllevan.

Dos marcas de subjetividad:

Modalidad oracional interrogativa en la línea 24 (¿a quién beneficiaría la tecnología?). Este pregunta sirve al autor para defender que la tecnología quizá pueda realizar muchos de nuestros trabajos, a pesar de que existe la posibilidad de que tenga un efecto negativo y solo beneficie a los empresarios.

La interjección “Ay” (línea 1). Este comienzo sirve al autor para dar más emotividad al tema que quiere exponer, es decir, a la infelicidad que provocan muchos tipos de trabajo y sus respectivos horarios.